

EL VIII CONGRESO INTERNACIONAL TOMISTA DE ROMA

Juan Pablo II impulsor del retorno al tomismo

Ha sido un acontecimiento dentro de la cultura y el pensamiento católicos el reciente Congreso tomista internacional celebrado en Roma los pasados días 8 al 13 de septiembre, que clausuraba la serie de encuentros científicos que a través de un año se han desarrollado para conmemorar el centenario de la célebre encíclica *Aeterni Patris* (4-8-1879), con la cual León XIII inició tan vigorosamente el renacimiento del tomismo, de la filosofía y teología de Santo Tomás, en el mundo católico.

Este VIII Congreso llevaba además la finalidad conexas de festejar la creación de la «Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino», la célebre institución que el Papa hizo seguir el mismo año y sirvió de modelo a múltiples academias nacidas en el mundo cristiano para la promoción de los estudios tomistas. La organización del Congreso corrió por ello a cargo de la dirección de la Academia: De su presidente el cardenal dominico Luis Ciappi y su infatigable vicepresidente Mons. Antonio Piolanti en colaboración con el secretario, profesor L. Bogliolo.

El Congreso —en continuidad con el magno precedente de 1974 que celebró el centenario de la muerte de Santo Tomás— reunía en sesiones del Palacio de la Cancillería unos trescientos estudiosos, filósofos y teólogos, venidos de las diversas partes del mundo, que aportaron 264 colaboraciones sobre los temas más urgentes y debatidos del hombre moderno. Y el apretado programa de la semana se desenvolvía entre las conferencias de las sesiones plenarias de la mañana y los seis grupos de lectura y discusión de comunicaciones reunidos para la tarde.

Se abrió el Congreso con el discurso introductorio del cardenal Ciappi y otro del cardenal Siri, arzobispo de Génova, sobre el significado histórico de la encíclica. Tanto las conferencias generales como las sesiones particulares afrontaron en sus más variados aspectos el estudio sobre el *origen*, el *contenido* y la *valoración* de la encíclica por parte de los sucesores de León XIII, así como de la pu-

jante *renovación* del pensamiento tomista que en la época subsiguiente llegó a inspirar y hacer florecer. Y la articulación de los temas teóricos discurre sobre los puntos neurálgicos de la teología y filosofía: Dios y la historia de la salvación, problemas metafísicos de la filosofía del ser y fundamentación de la moral, el sentido de la filosofía cristiana plasmada en el tomismo, la antropología de hoy, la gnoseología, la libertad del hombre, el derecho natural y los problemas político-sociales, la educación, las ciencias y el conocimiento del mundo, etc. Estos eran tratados también en sus fuentes históricas, incluso en insignes discípulos y seguidores del Angélicos, como Maritain y Gilson, a quienes se dedicó una jornada de comunicaciones.

En el Congreso, lógicamente, prevalecían por su número los participantes italianos, preclaros profesores de las universidades eclesiásticas y civiles y otros centros, en donde también la renovación neotomista tuvo su cuna propia y donde Tomás de Aquino es generalmente honrado como el supremo pensador patrio. Ello no impedía la internacionalidad del mismo, como la imagen del Aquinense es también universal, con la presencia abundante de representantes europeos y americanos. La representación de lengua española hacía muy común nuestra habla hispánica en comunicaciones, con los nutridos grupos de españoles y americanos del sur y centro. El insigne pensador tomista de Buenos Aires, Mons. O. N. Derisi con su magnífica conferencia, su compatriota el profesor Caturelli con el profesor mejicano Basave y F. del Valle y tantos otros tuvieron un papel saliente en las deliberaciones. El grupo español fue muy numeroso, destacando sus intervenciones sobre gran variedad de temas, como la del profesor Canals Vidal de Barcelona sobre el método del filosofar cristiano, de E. Serrano y V. Rodríguez sobre la constitución del derecho natural aquiniano, a cuya profundización y permanencia actual de sus normas fueron dedicados notables estudios de profesores extranjeros. Asimismo dos de las conferencias generales estuvieron a cargo del profesor Pedro Rodríguez, de la Universidad de Navarra y del que suscribe, P. Urdániz, cuya presentación crítica de las desviaciones actuales de la moral causó gran impacto, pasando a ser la exigencia de una clarificación del presente confusiónismo moral, uno de los cometidos de los futuros trabajos de la Academia, junto con el esclarecimiento de la antropología tomista en confrontación con el positivismo y materialismo reinantes y la reorientación de la doctrina social sobre los principios aquinianos de la dignidad de la persona y del bien común.

Pero no es posible indicar en pocas líneas la notable riqueza y originalidad de los trabajos del Congreso, que podrá sólo apreciar-

se con la publicación de las Actas. El significado y conclusión global de sus labores fue de proclamar con energía las consignas de la encíclica de León XIII para un renovado retorno de los estudiosos católicos al magisterio de Tomás de Aquino, cuyo modo de filosofar conserva siempre intacta la apertura a la inagotable problemática del ser, la riqueza y organicidad de lo real en constante contacto con la diversidad y graduaciones de la experiencia, frente a la negatividad y confusión de lenguas de las ideologías y sistemas contemporáneos, que destruyen, con su reduccionismo dogmatista, los más elevados sectores de la realidad y están abocados a perecer. Así lo proclamaban en sus intervenciones pensadores tan lúcidos y sensibles a la cultura moderna con D. Compostá, Del Noce y N. Petruzzelis.

La culminación del Congreso representó sin duda el magnífico discurso que el Papa dirigió a los Congresistas en su recepción en Castelgandolfo. Valía la pena la celebración del mismo para motivar la elevada intervención magisterial del Pontífice. El infatigable Juan Pablo II comenzaba declarando: «Desde los inicios de mi pontificado no he dejado de pasar ocasión propicia para reclamar la excelsa figura de Santo Tomás», recordando sus múltiples intervenciones y exhortaciones a seguir su doctrina. Recalcó que, después de cien años, la encíclica de León XIII «no ha perdido su actualidad». El famoso documento «se basa en un principio que le confiere unidad orgánica. Es el principio de la armonía entre las verdades de la razón y las verdades de la fe», frente al dualismo antiguo de la doble verdad y el dualismo racionalista que establece la oposición entre la fe y la razón.

Uno de los motivos, prosiguió, que han inducido al Magisterio a «escoger como guía seguro en las disciplinas teológicas y filosóficas a Santo Tomás» es justamente éste de la unidad armónica de la verdad, tan realzado por el Aquinate y que rige todas las relaciones entre la razón y la fe. «La fe contiene en modo superior, diverso y eminente los valores de la sabiduría humana, por lo que es imposible que la razón pueda discordar de la fe, y si discordara, se han de revisar las conclusiones de la filosofía». En esta línea subrayó el Papa la coherencia y continuidad del Magisterio en la elección de Tomás de Aquino como guía y maestro auténtico y común de la Iglesia desde León XIII a Pablo VI y los documentos del Vaticano II, tesis asimismo reiterada en el Congreso.

A la vuelta de otros cálidos elogios, el Papa trazó luego, con profusa alegación de textos aquinianos, una visión original y profunda de lo que constituye la actitud fundamental del sistema de Santo Tomás. Es su «vivísimo sentido de fidelidad a la verdad, que puede llamarse *realismo*. Fidelidad a la voz de las cosas creadas

para construir el edificio de la filosofía; fidelidad a la voz de la Iglesia, para construir el edificio de la teología». El saber filosófico debe ante todo escuchar a las cosas, «reflejar fielmente el orden de las cosas mismas», pues de otro modo acaba por reducirse a arbitrarias construcciones subjetivas. En tal sentido, «Santo Tomás puede considerarse un auténtico pionero del *realismo científico*, que hace hablar a las cosas mediante el experimento empírico».

Ese «realismo filosófico que ha estimulado el realismo de las ciencias empíricas en todos sus sectores», lejos de excluir el sentido histórico, crea las bases para la *historicidad* del saber, sin caer en la frágil contingencia del *historicismo*. Después de la escucha de las cosas, el Angélico, en efecto, ha atendido a cuanto han dicho los filósofos, para valorarlos en confrontación con la realidad concreta. El Aquinate manifiesta así un sano y «humano optimismo» con su diligente búsqueda de las opiniones de los filósofos antiguos y asimilación de cuanto de verdad hay en ellos, con una actitud comprensiva, sin dejar de ser netamente crítica, pues, con san Agustín, sostiene la presencia de alguna parcela de verdad, aunque imperfecta y desfigurada, en todas las opiniones aún erróneas de los hombres. Tal es la raíz de su abierta capacidad de diálogo, que hace posible el entendimiento cuando hay buena voluntad.

El Papa agrega que «a la fidelidad a la voz de las cosas en filosofía corresponde, según Santo Tomás, la fidelidad a la voz de la Iglesia en teología... Aquí la autoridad de la doctrina del Aquinate se resuelve y refunde en la autoridad de la doctrina de la Iglesia». No cabe más rotunda recomendación y mandato de la doctrina del Angélico como directiva también en el campo teológico.

Otros aspectos salientes destaca también el documento pontificio en la filosofía del Angélico, que es «la mejor filosofía» o «la filosofía natural de la mente humana», que decía Pablo VI. En especial, las diferencias de método en la investigación del saber filosófico y teológico, los límites de toda filosofía determinados por los límites y debilidad de la razón humana, con la necesaria subordinación de la misma a la verdad segura e indefectible de la fe, la colaboración que debe reinar entre la ciencia y la filosofía cuando «permanecen fieles a su propio método», con lo que la filosofía «puede iluminar la ciencia y liberarla de sus límites, a la vez que la ciencia puede proyectar nuevas luces sobre la filosofía y abrirle nuevas vías». Y Juan Pablo II insiste de nuevo en su tesis tan cara de la dignidad del hombre, tan realzada en la doctrina del Aquinate, que poseía como nadie «un altísimo y vivísimo sentido del hombre», penetrado por el misterio de la Encarnación.

El Papa recoge y reitera asimismo el empeño manifestado en el

Congreso de esclarecer desde los principios de la filosofía y teología tomistas el campo de la moral, tan ensombrecido por teorías incontroladas; y de colmar los espacios aún vacíos del sector social para afrontar los problemas más vivos y urgentes del hombre de hoy. Y termina recomendando que «el método y la doctrina del Aquinate sean puestos en continuo contacto y sereno *diálogo* con los complejos fermentos de la cultura moderna».

La actualidad del tomismo y el deber de seguir la doctrina del Angélico son confirmados una vez más y de modo perentorio por este luminoso documento pontificio. Y los que desoigan su voz se apartan netamente del Magisterio de la Iglesia con riesgo de caer en lamentables errores.

TEÓFILO URDÁNOZ